

Yugoslavia:

una nueva página en la historia

Slobodan S. Pajovic



ANGELINA BELOFF. TORMENTA EN EL CASTILLO

Ayer, 26 de septiembre de 2000, el Patriarca Pavle de la Iglesia Ortodoxa Serbia —al recibir en su residencia oficial al doctor Vojislav Kostunica, ganador de las elecciones presidenciales en Yugoslavia— declaró con toda seriedad y serenidad que: “no se puede atacar a toda la población civil para defender a una sola persona”. Con estas palabras del viejo Patriarca serbio, pronunciadas simbólicamente en el corazón del antiguo centro histórico de la capital yugoslava —testigo de numerosos eventos trascendentales para nuestro país—, se podrían resumir las características esenciales de la actual situación que vive Yugoslavia tras un proceso electoral muy importante para el futuro del país, pero al mismo tiempo contradictorio e incierto.

Para los yugoslavos de todas las edades y orientaciones políticas e ideológicas, el 24 de septiembre representa un decisivo punto de partida para la salvación nacional y la búsqueda de vías para reconstruir la actual federación o formar un nuevo Estado serbiomontenegrino: basado esta vez en el consenso democrático y en la negociación flexible y permanente de todos los factores políticos.

El proceso electoral yugoslavo ha demostrado que ya nadie tiene el monopolio de los temas concernientes al futuro del país ni de su ordenamiento social y político. Queda claro que el principal ganador de estas elecciones fueron los ciudadanos de Serbia y de Montenegro, que reuniendo, aunque de manera distinta, sus esfuerzos, llegaron a derrocar pacíficamente al régimen autoritario del presidente Slobodan Milosevic. Los serbios acudieron masivamente a votar por el cambio, pero también para prevenir posibles fraudes y robos poselectorales. Los montenegrinos, por su lado, ignoraron las últimas maniobras del régimen de Belgrado, y al boicotear la contienda electoral demostraron que el futuro de nuestro país es la democracia, el respeto de sus instituciones y, más que nada, la transparencia del poder y del proceso de toma de decisiones.

Nadie podrá negar que este país fue destrozado violentamente en el último decenio por el actual régimen del presidente yugoslavo, que en su última fase llevó a la confrontación del país con los principales actores de la comunidad internacional —cuyo resultado principal es la pérdida de la histórica provincia serbia de Kosovo— y a un aislamiento internacional casi hermético. No obstante, desde la actual perspectiva parece muy difícil entender y detectar las causas principales de la decisión de Milosevic de convocar a elecciones presidenciales directas, después de haber introducido cambios en la Constitución de manera anticonstitucional en un ambiente que se caracteriza por la más profunda crisis económica que afecta seriamente a la gran mayoría de la población yugoslava.

El omnípotente régimen de Belgrado compuesto por el Partido Socialista de Serbia (SPS), liderado por Milosevic, la neocomunista Izquierda Unida Yugoslava (JUL) de Mirjana Markovic, esposa de Milosevic, y el ultranacionalista Partido Radical de Serbia (SRS), demostraba últimamente su fuerza casi de manera triunfal inaugurando puentes, vías ferroviarias, fábricas, escuelas u hospitales, reconstruidos después de los bombardeos de la OTAN. Todo esto con una simple intención: asegurarse una nueva legitimación tras haber gastado total-

mente su credibilidad ante una población descontenta, desilusionada, empujada, pero consciente de su destino.

En este ambiente tan complejo, tenso, contradictorio y hasta cínico, se convocaron las megaelecciones yugoslavas: presidenciales y parlamentarias para las dos Cámaras de la Asamblea Federal, municipales en Serbia y regionales en la provincia de Voivodina. La característica más peculiar de este proceso es el hecho de que estas elecciones se celebraron bajo tres regímenes políticos diferentes que forman parte de la realidad yugoslava: el autárquico y cuasidictatorial de Serbia, el cuasidemocrático de Montenegro y el intento de Milosevic de organizar elecciones en Kosovo, provincia yugoslava ocupada por fuerzas internacionales y administrada por la ONU.

Para completar este insólito cuadro habría que añadir que la campaña electoral fue un proceso lleno de irregularidades y discriminaciones de todo tipo. El régimen ha mantenido un control absoluto sobre los medios de comunicación e incluso acudió a intimidar a distintos grupos de la población, a personalidades independientes o de la oposición. En realidad, el régimen ha optado por una plataforma política muy peligrosa y absolutamente rígida al declarar que los partidos democráticos de la oposición en Serbia y Montenegro “representan el brazo derecho de una prolongada agresión de la OTAN”, y que sólo él aseguraría la libertad y soberanía nacional. Con esta postura el proceso electoral alcanzó una gran tensión y se transformó en un referéndum entre la democratización que simbolizó por un lado la Oposición Democrática de Serbia (DOS) y su líder doctor Vojislav Kostunica, que aboga por la urgente e inminente reincorporación en las corrientes europeas, y por el otro, la demagógica e ideologizada retórica oficialista que para sobrevivir manipuló el sentimiento nacional serbio y su anhelo de la libertad y soberanía nacionales.

Consecuentemente, el régimen intentó asegurar de nuevo el poder y sus privilegios transformando el altísimo descontento social en un nacionalismo destructivo y retrógrado. Para realizarlo acudió a una represión sin precedentes en la historia yugoslava y a la creación de un enemigo interno (la Oposición Democrática de Serbia y el régimen del actual presidente de Montenegro) o uno externo (principalmente los Estados Unidos y la Unión Europea), con el apoyo de una propaganda monopolizada.

Los ciudadanos serbios votaron sin miedo y según su propia conciencia, a pesar de todo tipo de intimidaciones y presiones tanto individuales como colectivas. Por todo esto, el 24 de septiembre será inscrito en la historia de este pueblo como una fecha muy importante: el retorno de Serbia a la democracia y el rechazo definitivo de un pasado ideologizado y contrario a la modernidad europea.

Este periodo abarca un proceso histórico cuyas características principales fueron la incertidumbre a todos los niveles y la amenaza de una posible explosión del descontento popular causada por el fraude poselectoral. Por ende, puede constatare que Serbia vivió nuevamente momentos al borde de una nueva tragedia nacional en la que una gran mayoría de su población estuvo decidida y dispuesta a defender la victoria de la oposición democrática contra una minoría indecisa que no fue preparada para aceptar la realidad: el fin de un régimen anacrónico y autoritario que debía abandonar el poder.

Entonces, ¿qué pasó en Yugoslavia? Muchos analistas se precipitaron a retomar el tema de una revolución tipo búlgara, rumana o alemana, cuando cayó el Muro de Berlín y con él los regímenes de la entonces Europa comunista. El brote del descontento yugoslavo y la erupción del 5 de octubre fueron provocados por la decisión del Tribunal Constitucional, que hasta el último momento prolongaba su fallo final para evitar reconocer la victoria de la democracia en la elección presidencial. Lo sucedido en Belgrado: el incendio del Parlamento Federal, la toma de la televisión estatal —el medio de comunicación con más alcance, en realidad un símbolo del corrupto, autoritario y hasta cínico régimen—, que juntos insistían en una legalidad ficticia que favorecía sola y exclusivamente al vencido presidente Milosevic, demostraron que la manipulación y el engaño, ya no podían detener el cambio. En otras palabras, la misma noche del 5 de octubre, el pueblo “invistió” al nuevo presidente de la República Federal de Yugoslavia: doctor Vojislav Kostunica, que había ganado 54 por ciento de los votos.

El caso yugoslavo demuestra cómo la simple verdad es capaz de derrotar al engaño y a la manipulación sin escrúpulo. Por ende, no sería correcto hablar de una revolución yugoslava del tipo rumano o búlgaro, puesto que no se produjo la quiebra de su orden constitucional, y el nuevo gobierno declaró que in-

tentará democratizar el país a través de las instituciones existentes. Esto permitirá demostrar que es posible dismantelar la dictadura con sus propias leyes, a pesar de que en su momento fueron concebidas precisamente para impedir la apertura y la transparencia. La transición yugoslava, como todas, genera protagonistas y líderes de una manera peculiar. Así, tenemos ante nosotros al nuevo líder que genera varias interrogantes sobre todo en el exterior. Se ha exagerado su perfil nacionalista y su antiamericanismo a pesar de que obtuvo el apoyo de los partidos políticos de la minoría húngara o musulmana de Serbia, por un lado, y el pleno apoyo de los países de la Unión Europea, por el otro.

Y mientras en Belgrado transcurre otro soleado día otoñal, la vida cotidiana está volviendo a la normalidad rápidamente en un ambiente completamente nuevo y estimulador: se abren nuevos horizontes para la comunicación con el mundo después de varios años de aislamiento, bloqueos económicos y hasta intervención militar como nunca se había conocido en el país. ❧

La violencia en Euskadi

Antonio Elorza

El problema nacional en España no es comparable al de los Estados pluripotenciales surgidos de la paz de Versalles (Yugoslavia, Checoslovaquia) ni al del antiguo Imperio de los Habsburgo. Desde la paz de Utrecht hasta el fin del antiguo régimen, España fue, como Francia, una monarquía de agregación en cuyo marco absolutista, distintos territorios y en particular las tres provincias vascas (Guipúzcoa, Vizcaya, Álava) y el [reino de Navarra](#) (cuya pequeña extensión al norte de los Pirineos, Baja Navarra, había sido anexionada por Francia hacia 1530), disfrutaban de una situación administrativa diferencial. La incorporación de las tres provincias al entonces reino de Castilla no es de ayer: cumple ahora ocho siglos (data de 1200). La del reino de Navarra tuvo lugar en 1512. Con la Baja Navarra quedaron en poder de Francia un territorio hacia la costa, el Labourd, y otro diminuto hacia el interior, Zuberoa. El hecho de que en todos estos territorios se hablase la lengua vasca llevó a que en el [siglo XIX](#) se acuñara una denominación unitaria, Euskalherria, el país de la lengua vasca, aunque ya en muchos lugares no fuese mayoritario su uso (así ocurría en Navarra, en Álava, y en ciudades de la costa). Nunca había existido una unidad política que, como en el caso de Cataluña, los englobase a todos.

De ahí que la idea de unidad política surgiera a fines del [siglo XIX](#) cuando Sabino Arana acuñó el neologismo “Euzkadi”, el conjunto de los vascos, para designar lo que en lo sucesivo, hasta las actuales reivindicaciones de los tres partidos nacionalistas, se mantiene como dogma sagrado, cuando es una construcción imaginaria. Lo mismo ocurre con la idea de que esos países eran independien-

tes hasta su incorporación al régimen constitucional español en 1839 (Francia es aquí prudentemente olvidada), suscitando así la noción de unos “derechos históricos”, la recuperación de la soberanía perdida, que nunca existió, sobre la base de las defensas, que también en otros lugares, como en Provenza o en Bretaña para Francia, presentaban frente al poder real unos privilegios como derechos inmemoriales.

El núcleo político de la ideología nacionalista en el País Vasco, que comparten los dos partidos democráticos (Partido Nacionalista Vasco y su hijuela Eusko Alkartasuna) con ETA y su brazo político HB, desde el origen común en Sabino Arana, implica ya un impulso hacia la violencia. El nacionalismo no es la afirmación de una realidad histórica y cultural oprimida por la centralización española, caso de Cataluña, sino una construcción imaginaria, que implica un irredentismo frente a dos Estados existentes y la historia, y que contraviene la voluntad expresada democráticamente por los ciudadanos de esas tierras que, incluso en el más moderado de los programas, el del PNV (1995), supuestamente rechazan toda soberanía que no sea la propia. En las tres provincias vascas el voto nacionalista es algo superior al 50 por ciento, pero el objetivo de independencia lo comparte sólo el 30 por ciento; en Navarra, los nacionalistas apenas rozan el 20 por ciento y en el país vascofrancés quedan muy por debajo del 10 por ciento. Si no hay un recurso a la violencia, la meta unitaria de la Gran Euskalherria, proclamada por los tres grupos en el acuerdo de Lizarra (1998), es ilusoria. Claro que pueden pensar en un referéndum donde lo que se ofrezca no sea la independencia, disfrazada de “soberanía”, sino el fin del terrorismo de ETA. Tal es el propósito del “diálogo” y la “negociación” que vienen ofreciendo los nacionalistas moderados.

La violencia estuvo presente desde los orígenes del pensamiento nacionalista, en la década de 1890, expresión no sólo de ese deseo de recuperar la independencia originaria, sino del rechazo de los cambios demográficos y de poder provocados por la industrialización de Vizcaya, desde una mentalidad de cristianismo integrista. El fundador de esa ideología aún hoy viva, Sabino Arana, fue un hombre que aplicó al PNV los criterios de pragmatismo y disciplina de su reverenciada Compañía de Jesús, lo que abrió la puerta a la posterior evolución del partido hacia la democracia cristiana. Pero su planteamiento po-

lítico de fondo era el clásico rechazo reaccionario de la modernidad y sus portadores, xenófobo y racista frente a unos españoles en quienes Sabino veía un pueblo degenerado que ocupaba militarmente a Euskadi. Aquí entra el papel del régimen de Franco que hizo verdad esa falsa ocupación militar, desde la que Sabino proponía una oposición fundada en el antecedente de las guerras carlistas y en las míticas batallas que en la Edad Media hicieron a los vizcaínos vencedores sobre los castellanos.

ETA no fue sino la respuesta sabiniana al franquismo, inspirada técnicamente en el empleo del terror contra las luchas de liberación nacional de los años 50 y 60. Y sigue siéndolo, a pesar de su ropaje progresista, que en la última década ha girado hacia el nacionalsocialismo. La raza ha sido sustituida por la lengua como criterio de discriminación, pero el dualismo xenófobo permanece como fuente de inspiración de la muerte. Y en los años 90, el nacionalismo democrático fue volviendo a los orígenes, ante el feliz espectáculo del estallido de varios Estados europeos, lo que explica su reencuentro con ETA en 1998. El conjunto de factores económicos y psicosociales que han proporcionado el auge de la violencia juvenil organizada hizo el resto a la hora de crear el callejón sin salida actual: destruyen, extorsionan, matan, casi en la impunidad, y lo hacen por la gran causa de la libertad de su nación. El nacionalismo democrático tiene la palabra si quiere o no rectificar la senda política trazada desde el pacto de Lizarra en 1998, aislando a un terrorismo hoy estrictamente nazi, y reemprendiendo la construcción nacional vasca puesta en marcha hace veinte años con el Estatuto de Autonomía. 